

Determinación actual e historia en la génesis del dinero

Una aproximación metodológica a la controversia sobre el carácter mercantil de la forma dineraria

Gastón Caligaris y Guido Starosta

Introducción

En este capítulo se discute la explicación de la naturaleza del dinero ofrecida por Marx desde un punto de vista metodológico. En particular, se examina la cuestión enfocando el vínculo entre el *desarrollo sistemático* y el *análisis histórico* en la exposición dialéctica. Para ello, se toma como punto de partida un extenso e interesante debate sobre la conceptualización del dinero llevado a cabo durante la década pasada en la revista *Economy and Society* entre autores provenientes de distintas disciplinas y enfoques (Fine y Lapavitsas, 2000; Zelizer, 2000; Ingham, 2001, 2006; Dodd, 2005; Lapavitsas, 2005). Entre las diversas controversias suscitadas en este debate, nos interesa detenernos aquí en la que enfrentó a Costas Lapavitsas y Geoffrey Ingham respecto de la naturaleza esencial del dinero. Estos autores confrontaron, respectivamente, la perspectiva según la cual el dinero es esencialmente una mercancía y aquella según la cual es esencialmente un crédito, en el primer caso fundando la existencia del dinero en el intercambio mercantil y en el segundo caso en la autoridad monetaria. Por supuesto, la contraposición entre estas dos perspectivas diametralmente opuestas sobre la naturaleza del dinero tiene una larga tradición en el pensamiento económico. En efecto, tal como lo plantea Schumpeter de manera elocuente, se puede sostener que, en última instancia, toda teoría del dinero que merezca tal nombre puede reducirse a alguna de estas dos perspectivas (Schumpeter, citado en Ellis, 1934: 3).¹

¹ Véase Friedenthal (2012: 8-18) para una concisa pero rigurosa reseña de las diferentes variantes de una y otra perspectivas en la literatura económica, incluyendo los aportes recién-

Lo interesante de la controversia entre Lapavitsas e Ingham no radica simplemente en el hecho de que, al haber tenido lugar en los últimos años, incorpore los aportes y argumentos más recientes y novedosos a favor y en contra de sendas concepciones sobre el dinero. Asimismo, este debate encierra la riqueza de poner directamente en cuestión la explicación original de Marx. Más importante aún, es que estos autores buscaron justificar sus abordajes vinculando argumentos analíticos e históricos, lo cual acabó por darle a la discusión una fuerte impronta metodológica. Específicamente, y tal como lo expresa el propio Ingham en referencia a la “encarnación” anterior de este debate en el llamado *Methodenstreit* ocurrido en la Alemania de fin de siglo XIX y comienzos del XX, esta controversia encierra en el fondo “una disputa sobre los orígenes ‘lógicos’ e ‘históricos’ del dinero” (Ingham, 2001: 306). Es este último punto en especial el que le da una relevancia particular a este debate para los propósitos del presente capítulo.

A fin de estructurar nuestro propio argumento, el capítulo está organizado de la siguiente forma. Luego de visitar brevemente los principales argumentos teóricos y empíricos esgrimidos por los participantes en el debate, se concluye, en resumidas cuentas y en acuerdo con la postura general de Lapavitsas, que efectivamente el dinero debe ser considerado una mercancía y que su génesis se encuentra, tal como descubre Marx en su crítica de la economía política, en el desarrollo de las contradicciones inmanentes del proceso de intercambio mercantil. Sin embargo, el examen crítico de los argumentos presentados por Lapavitsas revela que su defensa de la perspectiva marxiana deja una serie de flancos débiles y que tiene fundamentos endebles. De manera crucial, en esta crítica se rastrea el origen de dichas debilidades argumentativas en el *método lógico-histórico* implícitamente adoptado por Lapavitsas en su interpretación de la perspectiva marxiana.

Frente a estas insuficiencias, se sugiere que su resolución requiere ante todo distinguir clara y precisamente entre la *explicación sistemática* y el *análisis histórico* de las “categorías económicas” en la crítica de la economía política. Asimismo, en acuerdo con los aportes recientes en referencia al método de la

tes al respecto dentro del marxismo (donde también han aparecido tanto defensores como detractores de la explicación marxiana de la naturaleza mercantil del dinero).

crítica de la economía política realizados por la llamada “New Dialectics”,² se argumenta que el fundamento último de la génesis del dinero en el intercambio debe proveerse fundamentalmente en *términos sistemáticos*. Sin embargo, también se muestra que esta literatura reciente falla en dar cuenta del papel que en la propia exposición marxiana tiene la explicación histórica. Es decir, no provee argumentos sólidos para comprender el sentido de aquella conocida reflexión metodológica de Marx en los *Grundrisse* según la cual “nuestro método pone de manifiesto los puntos en los que tiene que introducirse el análisis histórico” (G.1: 422). En contraste, se postula aquí que, efectivamente, la explicación histórica tiene un rol que jugar en la exposición dialéctica en *El capital* y que, asimismo, la explicación del origen del dinero en el proceso de cambio mercantil es precisamente uno de esos puntos que debe ésta entrar en escena. Dicha perspectiva alternativa se desarrolla mediante una reconstrucción metodológicamente fundada de la explicación marxiana del dinero presentada en la primera sección del tomo I de *El capital*.

El debate entre Lapavistas e Ingham respecto a la naturaleza del dinero

El artículo que origina la controversia entre estos dos autores es ya bastante expresivo de la impronta metodológica que terminó adquiriendo el debate. Así, Lapavistas (en coautoría con Fine) comienza su argumentación sosteniendo que una teoría general del dinero se tiene que fundamentar en “la derivación lógica de su origen” histórico. Más específicamente, tiene que “demostrar lógicamente cómo y por qué la cambiabilidad deviene monopolizada”, en el curso del desarrollo del proceso de intercambio, “por la mercancía dineraria” (Fine y Lapavistas, 2000: 365). De acuerdo con Fine y Lapavistas, esta fundamentación puede encontrarse en el desarrollo de la *forma del valor* realizado por Marx en el acápite 3 del primer capítulo del tomo I de *El capital*. Sin embargo,

² En particular por Smith (1990), Arthur (1996; 1997), Robles Báez (1999) y Reuten (2000). Para una descripción sucinta de esta corriente dentro de la teoría marxista, véase Kincaid (2009).

en la medida en que se trata precisamente del desarrollo de la génesis *histórica* del dinero y no simplemente de su realidad en la sociedad capitalista, estos autores consideran que el referido desarrollo de Marx debe ser reinterpretado haciendo abstracción de la sustancia del valor (Fine y Lapavitsas, 2000: 367). De este modo, se propone una explicación del origen del dinero en la que, comenzando por el intercambio simple de productos, la necesidad de que se exprese plenamente el valor de una mercancía conduce a una expresión expandida en múltiples mercancías y, desde allí, a una expresión general en tanto y en cuanto una mercancía va siendo elegida sistemáticamente por el resto como expresión de valor, esto es, para oficiar como equivalente general o dinero (Fine y Lapavitsas, 2000: 366). En suma, y éste es el punto que va a constituir el centro de las críticas a esta posición, en esencia el dinero es una mercancía que el propio proceso de intercambio mercantil separa para funcionar como expresión general del valor o equivalente general del conjunto de las mercancías.

La crítica inicial de Ingham contrapone una concepción completamente opuesta de la naturaleza y la génesis histórica del dinero. Según este autor, el dinero ni es esencialmente una mercancía ni emerge del proceso de intercambio. Su naturaleza, en cambio, está dada por constituir una pura “promesa de pago”, “un mero símbolo que *exige* bienes” (Ingham, 2001: 306); esto es, el dinero es ante todo esencialmente un crédito. Su función principal, y la que explica su génesis histórica, no hay que buscarla por tanto en su condición de medio de circulación sino en la de “medio de contabilidad del valor”, donde el dinero funciona exclusivamente como “dinero de cuenta” establecido de manera *directa* y convencionalmente por la autoridad pública (Ingham, 2001: 307). Concebido de este modo, es decir, como el producto inmediato de relaciones sociales directas entre los individuos, el dinero resulta, en consecuencia, “lógicamente anterior e históricamente previo” no ya a su respaldo en metales preciosos sino al intercambio mercantil mismo, esto es, “previo al mercado” (Ingham, 2001: 309). Para sostener que el dinero es “lógicamente” anterior al intercambio, Ingham argumenta que la posición contraria, esgrimida principalmente por la economía neoclásica, es sencillamente insostenible porque pretende fundar un fenómeno puramente social sobre bases puramente individuales. El verdadero problema para este tipo de explicación, dice Ingham, “no es tanto si es o no es ventajoso usar dinero, sino más bien el hecho de que los agentes *no pueden* usar dinero *a menos* que otros lo usen”, o bien, “para decir lo sociológica-

mente obvio: la ventaja del uso del dinero presupone instituciones monetarias” (Ingham, 2001: 308). Por su parte, para sostener que el dinero es asimismo “históricamente” anterior al intercambio, Ingham remite a algunos estudios puntuales que encuentran que el dinero funcionó en contextos no mercantiles como un puro “dinero de cuenta”. Entre ellos, destaca el estudio de Grierson (1978) según el cual en ciertas tribus germánicas se estableció la institución del *wergeld* consistente en un sistema de pagos en compensación por injurias y daños cuyos montos eran fijados en una misma denominación monetaria en asambleas públicas, pero cuyo pago era efectuado en mercancías diversas; esto es, una institución donde el dinero funcionaba como “dinero de cuenta” sin llegar a funcionar como “medio de circulación” (Ingham, 2001: 310-311). Así, según argumenta Grierson, “las condiciones bajo las cuales estas leyes fueron reunidas parecería satisfacer mejor los prerequisites para el establecimiento de un sistema monetario que el mecanismo de mercado” (Grierson, citado por Ingham 2001: 311).

Sobre esta base, Ingham critica a Fine y Lapavitsas por ofrecer una explicación que no se diferencia en lo esencial de la esgrimida por la economía neoclásica, esto es, una explicación lógica e históricamente espuria donde el dinero “emerge espontáneamente de las relaciones anárquicas entre las mercancías en el proceso de intercambio” (Ingham, 2001: 315-316). Más todavía, según Ingham, la explicación específica que presentan estos autores no sólo comporta todos los problemas propios de la concepción clásica y marxista tradicional, sino que incluso cae por debajo de ésta ya que al abstraer el trabajo como sustancia común del valor, Fine y Lapavitsas acaban por presentar “una formulación esencialmente hegeliana de los orígenes del dinero” (Ingham, 2001: 315). El corolario de esta forma de concebir el dinero, sostiene Ingham, es que no pueden reconocer al “dinero crediticio” como un “elemento constitutivo del capitalismo” (Ingham, 2001: 314) y, a la postre, no pueden reconocer que el fundamento del capitalismo es la “lucha”, no entre el capital y el trabajo, sino entre los poseedores de dinero y de mercancías y el Estado por el significado y el valor del dinero (Ingham, 2001: 318).

En respuesta a estas críticas, Lapavitsas insiste en que la explicación de la naturaleza del dinero hay que buscarla en el desarrollo de la forma del valor presentado Marx, y en que hay que hacerlo abstrayendo el trabajo como sustancia común del valor. De acuerdo con Lapavitsas, esta explicación es “al mis-

mo tiempo materialista y marxista porque muestra al dinero como el resultado de las relaciones sociales entre los productores mercantiles”, a los que ahora precisa como “individuos ‘extranjeros’”, denotando con ello “la ausencia de lazos preexistentes de parentesco, jerarquía, tradición y moralidad” entre ellos (Lapavitsas, 2005: 392). Sin embargo, en la repetición de su argumentación Lapavitsas reconoce que la explicación de la naturaleza del dinero no puede descansar en el desarrollo puramente lógico de la forma del valor. Ocurre que, según este autor, la transición de la “forma expandida” a la “forma general” de expresión el valor, esto es, la génesis misma del dinero, comporta una contradicción insalvable desde el punto de vista del intercambio mercantil puro entre “individuos ‘extranjeros’”: el “dinero”, dice Lapavitsas, “representa una asimetría extrema entre las mercancías [...] pero las mercancías son intrínsecamente simétricas en tanto objetos de intercambio” (Lapavitsas, 2005: 393). La explicación de dicha transición, por tanto, tiene que basarse, según su punto de vista, en la introducción de “fuerzas extraeconómicas, incluyéndose la costumbre social” (Lapavitsas, 2005: 393); en suma, el origen del dinero tiene que explicarse “en parte por procesos económicos y en parte por relaciones no económicas” (Lapavitsas, 2005: 394).

A continuación, Lapavitsas centra su crítica a Ingham en tres puntos básicos. En primer lugar, critica a este autor por presentar un vínculo “extremadamente débil”, “arbitrario” y “confuso” entre la función del dinero como unidad de cuenta y la pretendida condición esencial del dinero como crédito (Lapavitsas, 2005: 396). En segundo lugar, sostiene que la evidencia histórica presentada por Ingham no carece de ambigüedades y que limitarse a “mostrar que la unidad de cuenta aparece siendo denominada de manera diferente de los medios de cambio” está lejos de constituir una evidencia probatoria de su tesis; en todo caso, sostiene Lapavitsas, lo que debería demostrarse es “la existencia de dinero de cuenta que originalmente no haya funcionado como medio de cambio, esto es, dinero de cuenta con unidades puramente ideales, productos de la sola conciencia humana” (Lapavitsas, 2005: 396). Finalmente, este autor critica a Ingham por confundir, o mejor dicho por fundir, las funciones de “medida de valor” con la de “patrón de precios”. El dinero, dice Lapavitsas, “actúa inicialmente como medida ideal del valor, pero si el cambio ha de tener contenido económico, el dinero debe también actuar como ‘patrón de precios’ en la práctica y, por tanto, traducir precios reales” (Lapavitsas, 2005: 397). Y

en este sentido no es casual que, cuando se lo mira históricamente, continúa este autor, “el aspecto convencional del patrón de precios está asociado con el aspecto físico del dinero material” (Lapavitsas, 2005: 398). Por estos defectos fundamentales, concluye Lapavitsas, “el enfoque preferido por Ingham enfrenta dificultades insuperables para desarrollar una explicación lógica de cómo tal unidad ideal habría sido concebida en la práctica” (Lapavitsas, 2005: 399).

En el artículo que cierra formalmente el debate, Ingham vuelve a insistir en que el intercambio mercantil simple no puede engendrar una mercancía como dinero y que la posición de Lapavitsas en este punto “es indistinguible, en su estructura analítica, del mito de la creación de los orígenes de dinero en el intercambio mediante el trueque postulado por la economía neoclásica ortodoxa” (Ingham, 2006: 262). Sin embargo, ahora reconoce los límites de una argumentación centrada en la evidencia histórica pues, dadas las limitaciones inherentes a este tipo de evidencia, “el origen histórico preciso del dinero nunca podrá saberse”. Aun así, sostiene, “cualquier construcción analítica de las condiciones lógicas de existencia del dinero debe ser consistente con el conocimiento histórico –por más inadecuado que éste pueda ser–” (Ingham, 2006: 262). En este sentido, Ingham critica a Lapavitsas porque, pese a reconocer finalmente la necesidad de “recurrir a la historia” para poder construir una “teoría general del dinero”, no ofrece más evidencia histórica que una abstracta “referencia a la costumbre social” y la “reiteración del lugar común de afirmar que el intercambio mercantil surge allí donde las comunidades entran en contacto” (Ingham, 2006: 265).

Los límites metodológicos de las explicaciones en debate

Llegado a este punto, el debate parece topar con un callejón sin salida. Es que, en definitiva, ambos autores parecen reconocer mutuamente que no se sostiene por sí misma la base de la argumentación de sus respectivas concepciones sobre la naturaleza del dinero. En efecto, Lapavitsas ha acabado admitiendo que su explicación del dinero no puede ser, como lo reclamaba inicialmente, de carácter puramente “lógico”. Y, por su parte, Ingham ha concluido que la suya

no puede fundamentarse sólidamente en la evidencia “histórica” disponible, tal como lo pretendía en su primera intervención.

En el caso de Lapavitsas, esta inviabilidad de su proyecto inicial se manifiesta crudamente en el reconocimiento de que para explicar el origen del dinero hay que recurrir forzosamente a relaciones directas de dependencia personal que, como tales, se contraponen de manera esencial a las relaciones puramente mercantiles, que son las únicas implicadas en la “derivación lógica” de la forma de expresión el valor. Es decir, su proyecto inicial de derivar lógicamente el dinero del intercambio mercantil no es viable precisamente porque hay que introducir elementos completamente ajenos a dicha fundamentación lógica. Se podría decir que Lapavitsas enfrenta una disyuntiva insuperable en su respuesta a las críticas de Ingham: si se afirma en la posición de que el dinero brota de las relaciones entre simples productores mercantiles recae en la naturalización de la relación mercantil y, por tanto, le da la razón a Ingham cuando éste le critica que su posición no difiere en lo esencial de la esgrimida por la economía neoclásica; si, en cambio, y como en definitiva termina haciendo, reconoce que para explicar el dinero hay que recurrir a relaciones extraeconómicas entonces también le da la razón a Ingham, esta vez en su crítica de que no es posible derivar lógicamente el dinero del intercambio mercantil y en que las relaciones indirectas a través del cambio de mercancías se fundan en última instancia en relaciones directas.

La posición de Ingham, sin embargo, no corre mejor suerte. Inicialmente, su argumento se basaba en que algunas experiencias sociales históricas no vinculadas al intercambio mercantil parecían satisfacer mejor los requisitos para la aparición del dinero que las postuladas por la posiciones de la economía neoclásica y de Lapavitsas. Sin embargo, cuando se las miraba críticamente, estas experiencias no resultaban tan concluyentes como inicialmente se pretendía. Ante todo, el virtual dinero de cuenta utilizado en este tipo de sociedades no necesariamente deviene un dinero que funcione como pura promesa de pago, o bien ese mismo pasaje es el que en definitiva hay que explicar. Más importante aún, en todos los ejemplos históricos presentados, es que dicho dinero de cuenta remite siempre a un producto del trabajo, y no casualmente a aquellos productos que las explicaciones como la de Lapavitsas señalan como los que emergen naturalmente como dinero del proceso de intercambio, por ejemplo la plata (por sus características físicas) o el trigo (por su condición de mercancía más recurrentemente intercambiada). Finalmente, tampoco es claro que

en las sociedades referidas no haya existido intercambio mercantil. En este punto es llamativo que Ingham no mencione la existencia de lo que el propio Grierson llama “dinero sustituto”, esto es, mercancías que sustituyen en la circulación al dinero de cuenta (Grierson, 1978: 10), hecho que por sí mismo muestra el grado de avance del intercambio mercantil allí donde se habría generado un puro dinero de cuenta y que a su vez pone en cuestión la pretendida imposibilidad de que el dinero surja del proceso de intercambio. En este sentido, pareciera que según Ingham sólo se puede hablar de dinero cuando hay un patrón *legal* de precios, lo cual conduce a la tautología de sostener que el dinero nace como dinero de cuenta legal porque el dinero es, por definición, dinero de cuenta legal. Con todo, si, como efectivamente acaba reconociendo Ingham, el origen histórico del dinero “nunca podrá saberse”, su argumento evidentemente pierde toda sustancia.

En suma, si consideramos las conclusiones del debate, sea que nos detengamos en la posición de Lapavistas o en la de Ingham, pareciera que no es posible alcanzar una explicación consistente de la naturaleza del dinero. Más precisamente, pareciera que no se puede alcanzar ni una explicación lógica ni una explicación histórica del fenómeno. No obstante, como procuraremos demostrar en lo que sigue, este resultado del debate no surge ni de incapacidad de los autores para estructurar una explicación lógica ni de la imposibilidad de encontrar evidencia histórica contundente de cualquiera de sus tesis sino más bien de la *forma* en que ambos autores pretenden conocer la realidad del dinero. En efecto, por muy disímiles que sean sus puntos de vista y las conclusiones a las que llegan, ambos autores comparten una misma concepción respecto de cuál debe ser el tipo de explicación que dé cuenta de la realidad del dinero: se trata de una explicación que debe combinar linealmente el desarrollo lógico con el histórico o, mejor dicho, una donde la sucesión de los momentos sistemáticos que constituyen al fenómeno en su realidad actual coincida con la sucesión de las fases históricas de su desarrollo. Este vínculo, sin embargo, es erróneo ante todo desde el punto de vista del método de la crítica de la economía política.

En las últimas décadas, esta última cuestión ha sido discutida, dentro de la teoría marxista, especialmente por la corriente llamada “New Dialectics”.³

³ Véase referencias más arriba, en la “Introducción”.

Este grupo de autores puso en el centro de sus críticas precisamente la concepción metodológica que está implícita en los argumentos de Lapavistas e Ingham. Según ellos, esta concepción forma parte del sentido común marxista que imperó en las discusiones sobre el método dialéctico durante prácticamente todo el siglo xx. Su autor original, tal como lo han señalado varios de estos críticos, no es otro que Engels. En efecto, en una de sus célebres “reseñas” de la *Contribución a la crítica de la economía política*, quien acabara siendo el albacea literario de Marx, sostenía que

[D]espués de descubierto el método, y de acuerdo con él, la crítica de la economía política podía acometerse de dos modos: el histórico o el lógico. Como en la historia, al igual que en su reflejo literario, las cosas se desarrollan también, a grandes rasgos, desde lo más simple hasta lo más complejo, [...] pues, en términos generales, las categorías económicas aparecerían aquí por el mismo orden que en su desarrollo lógico. [...] éste [el método lógico] no es, en realidad, más que el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras. Allí donde comienza esta historia debe comenzar también el proceso discursivo, y el desarrollo ulterior de éste no será más que la imagen refleja, en forma abstracta y teóricamente consecuente, de la trayectoria histórica [...]. Con este método, partimos siempre de la relación primera y más simple que existe históricamente, de hecho; por tanto, aquí, de la primera relación económica con que nos encontramos (Engels en *CCEP*: 340-341).

Ante todo, los referidos críticos sostuvieron que esta concepción del método dialéctico conducía a una interpretación fuertemente inconsistente de la crítica marxiana de la economía política. En particular se hizo hincapié en que esta concepción metodológica condujo a entender la sección primera del tomo I de *El capital* –tal como de hecho lo sugería el mismo Engels en otros escritos (*K.III.6*: 16-17; *K.III.8*: 1137)– como el desarrollo analítico de una sociedad precapitalista históricamente existente de productores mercantiles. Con ello, no sólo se falseaba la prehistoria real del capitalismo sino que se obtenía una interpretación extremadamente pobre de la teoría del valor en la sociedad capitalista, tal como fue el caso de autores tan influyentes como Luxemburgo, Sweezy, Meek y Mandel, entre otros. Así, por ejemplo, Arthur sostiene que “no tiene sentido hablar del valor y del intercambio gobernado por la ley del valor trabajo en un sociedad precapitalista [...] porque en tal sociedad imaginaria no hay mecanismo que pueda hacer cumplir dicha ley” (Arthur, 1996:

191). Y argumentando en el mismo sentido, Smith acaba concluyendo, por su parte, que “[l]a forma mercantil simple no modela el desarrollo de algún estadio precapitalista de producción mercantil simple” (Smith, 1990: 94).

Pero además, y fundamentalmente, estos autores criticaron esta posición por contradecir de plano, como dice Robles Báez, “uno de los principales preceptos metodológicos de Marx”, esto es, “que la secuencia de las categorías económicas se determina por su conexión interna en la sociedad capitalista y no por cualquier secuencia del desarrollo histórico” (Robles Báez, 1999: 101). Y es que, ciertamente, precisamente en uno de sus “textos metodológicos” más relevantes y conocidos, Marx sostiene, en marcada oposición a la concepción engelsiana, que

[...] sería impracticable y erróneo alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes. Su orden de sucesión está, en cambio, determinado por las relaciones que existen entre ellas en la moderna sociedad burguesa, y que es exactamente el inverso del que parece ser su orden natural o del que correspondería a su orden de sucesión en el curso del desarrollo histórico. No se trata de la posición que las relaciones económicas asumen históricamente en la sucesión de las distintas formas de sociedades. Mucho menos de su orden de sucesión “en la idea” (Proudhon) (una representación nebulosa del movimiento histórico). Se trata de su articulación en el interior de la moderna sociedad burguesa (*G. I*: 28-29).

Sobre la base de esta crítica, los citados autores de la “New Dialectics” buscaron salirse de la referida interpretación canónica del método dialéctico diferenciando entre una “dialéctica sistemática” y una “dialéctica histórica” (Arthur, 1996; 1997; Robles Báez, 1999) o “materialismo dialéctico” (Reuten, 2000); en otros términos, propusieron desdoblar el “método lógico-histórico” engelsiano en dos métodos de conocimiento contrapuestos. Así, por un lado, se concibió la “dialéctica sistemática” como “un método de exhibir la articulación interna de un todo dado”, mientras que, por otro, se concibió la “dialéctica histórica” como “un método de exhibir la conexión interna entre estadios de desarrollo de un proceso temporal” (Arthur, 1996: 182-183). Según esta perspectiva, Marx utilizó en *El capital* exclusivamente el método de la “dialéctica sistemática”, mientras que el método de la “dialéctica histórica” habría sido utilizado presumiblemente en otros escritos y de manera parcial. Por su parte, en la medida en que se considera que todas las “consideraciones históricas” que

se encuentran en el desarrollo de una explicación de tipo “sistemática” tienen “únicamente una función ilustrativa” (Smith, 1990: 134), se considera que “el material histórico” presente en *El capital* cumple sólo el papel de “indicar cómo ciertas tendencias inherentes al concepto fueron representadas en la realidad” (Arthur, 2002: 76).

Dejando a un lado el sesgo idealista que le imprime al método dialéctico continuar considerándolo como uno de tipo “lógico”,⁴ el principal problema que tiene esta interpretación es que convierte el “método dialéctico” en dos métodos contrapuestos y, fundamentalmente, inconexos. Esto es, en vez de mostrar cuál es la verdadera unidad existente entre la investigación de las determinaciones actuales y el análisis histórico se limita sencillamente a extirpar al último de la primera. De este modo, el análisis histórico pierde todo papel en el conocimiento de la realidad actual del objeto que se somete a investigación o, en el mejor de los casos, no tiene más papel que el de “ilustrar” lo que ya se ha descubierto y demostrado “sistemáticamente”. Desde el punto de vista de la lectura del legado de Marx esta interpretación tiene dos debilidades fundamentales. En primer lugar, no existe evidencia textual alguna de que Marx considerase que existen dos métodos de investigación, sea de la naturaleza que sean. En cambio, lo que sí puede leerse expresamente es que hay un “único método materialista, y por consiguiente científico” (*K.I.2*: 453 n.; énfasis agregado). En segundo lugar, quedan sin explicación desarrollos de la historia previa al capitalismo incorporados en la exposición “sistemática” de *El capital* que por definición no pueden constituir meras “ilustraciones” de las determinaciones del sistema capitalista.

En este sentido, Reuten parece advertir, aunque de manera marginal y sin desarrollarlo, que el análisis histórico presente en *El capital* tiene más para ofrecer que “ilustraciones” del desarrollo “sistemático”. El “materialismo his-

⁴ Como hemos procurado argumentar en otro lugar, es precisamente el fundamento “lógico” que se le da al conocimiento de lo real lo que constituye la “envoltura mística” de la dialéctica hegeliana que Marx abandona en su propio desarrollo del método dialéctico (Caligaris y Starosta, 2014). Sobre este punto véase especialmente Iñigo Carera (2013a, capítulo 7). Por ello, de aquí en más, y en lo que hace a nuestro propio abordaje, dejaremos de referirnos a la oposición entre determinación “lógica” e “histórica” y en cambio nos referiremos a la distinción entre el momento “sistemático” y el momento “histórico” de la determinación.

tórico”, dice este autor, se distingue de “la dialéctica sistemática en cuanto [...] puede presentar [...] las transiciones de un sistema a otro” (Reuten, 2000: 151). Así, la llamada “acumulación originaria” puede ser leída como una explicación bajo el método de la “dialéctica histórica” de la transición de un modo de producción precapitalista al capitalismo y, con ello, como una explicación que completa a la explicación puramente “sistemática”, aunque Reuten considera el caso más bien como una deficiencia del método dialéctico sistemático.⁵ En efecto, y tal como lo reconoce este autor, esta lectura es consistente con la siguiente reflexión de Marx respecto del método dialéctico:

Por otra parte, y esto es mucho más importante para nosotros, *nuestro método pone de manifiesto los puntos en los que tiene que introducirse el análisis histórico*, o en los cuales la economía burguesa como mera forma histórica del proceso de producción apunta más allá de sí misma a los precedentes modos de producción históricos. Para analizar las leyes de la economía burguesa no es necesario, pues, escribir la historia real de las relaciones de producción. Pero la correcta concepción y deducción de las mismas, en cuanto relaciones originadas históricamente, conduce siempre a primeras ecuaciones —como los números empíricos por ejemplo en las ciencias naturales— que apuntan a un pasado que yace por detrás de este sistema (G.1: 422; énfasis agregado).

Sin embargo, además de que manifiestamente Marx no distingue aquí entre dos métodos diferentes sino entre lo que podríamos denominar “momentos” dentro de un mismo método, la llamada “acumulación originaria” no es el único momento de *El capital* en donde se necesita introducir un “análisis histórico”. Por consiguiente, tampoco es correcto afirmar que este tipo de análisis sirve exclusivamente para explicar “las transiciones de un sistema a otro”. Como veremos, el otro momento donde el “método” pone de manifiesto el punto en que debe introducirse el “análisis histórico” es precisamente en la

⁵ En su respuesta a las polémicas planteadas en el citado artículo, Patrick Murray —otro de los autores de la “New Dialectics”— manifiesta su total acuerdo con Reuten en este punto (Murray, 2002: 161). Por lo demás, nótese que desde esta perspectiva la dialéctica sistemática nada tiene para decir respecto de la necesidad de la acción política superadora del modo de producción capitalista, quedando explícitamente limitada a la comprensión de la *reproducción* del sistema. Para una crítica de este aspecto de la “New Dialectics”, véase Starosta (2015).

explicación de la realidad actual del dinero. Por consiguiente, la reinterpretación del vínculo entre el despliegue sistemático y el histórico que proponen los autores de la “New Dialectics” no sólo se muestra débil en relación a la lectura del legado de Marx sino que sobre todo resulta inconducente para aprehender la realidad del dinero.

La realidad actual del dinero

El dinero es la forma común del valor de las mercancías. Lapavitsas y Fine, por tanto, tienen razón cuando sostienen que la explicación del dinero que presenta Marx hay que buscarla en su examen de la “forma de valor o el valor de cambio” de la mercancía. En efecto, Marx es explícito en cuanto a que es a través de este examen que “el enigma del dinero se desvanece” y, además, en que se trata de un aporte original suyo en la medida en que es “una tarea que la economía burguesa ni siquiera intentó” (*K.I.1*: 59). Sin embargo, la lectura que ofrecen Fine y Lapavitsas de estas páginas de la crítica de la economía política presenta serias limitaciones.

Ante todo, cuando estos autores sostienen que lo que allí se intenta es “demostrar lógicamente cómo y por qué la cambiabilidad deviene monopolizada por la mercancía dineraria” (Fine y Lapavitsas, 2000: 365) recaen en una lectura que, como la engelsiana, confunde el desarrollo de las determinaciones actuales del dinero con su desarrollo histórico. Esto es, por mucho que estos autores convengan en que no es correcto considerar la primera sección del tomo I de *El capital* como la modelización de un abstracto modo de producción pre-capitalista, al considerar el despliegue de las formas del valor expuesto por Marx como un desarrollo que sigue el curso histórico de la génesis del dinero, caen en el mismo error metodológico. Esta lectura histórico-lógica del despliegue de las formas del valor ha sido criticada insistentemente por varios autores, en especial por los nucleados en la corriente de la “New Dialectics” (véase especialmente Smith (1990: 94) y Robles Báez (2005: 177)). Recientemente Heinrich ha resaltado el punto mediante un exhaustivo análisis exegético del texto de Marx. En primer lugar, dice este autor, cuando Marx sostiene, al inicio de este apartado, que va a presentar la “génesis del dinero” no dice “en ningún lugar que quiera describir algún tipo de *formación histórica*”; en segun-

do lugar, “la historia del dinero comienza en épocas precapitalitas, pero Marx ha subrayado reiteradamente que su objeto es la mercancía en el *capitalismo*”; en tercer lugar, si se tratase de “una historia resumida del dinero, entonces esta afirmación” de que se trata de “una tarea que la economía burguesa ni siquiera intentó” “sería sencillamente falsa”, ya que había varias historias del dinero “desde hacía mucho tiempo, y Marx conocía muy bien esta literatura” (Heinrich, 2011: 111-112).⁶

Si se considera que el despliegue de la necesidad de la forma dineraria del valor realizado por Marx ni corre paralelo al desarrollo histórico del dinero ni se fundamenta en el mismo, entonces la propuesta de Fine y Lapavitsas de reinterpretar la exposición de Marx haciendo abstracción del trabajo como sustancia del valor también carece de sentido. En términos generales, y esto es aplicable asimismo a otros autores que, desde otra perspectiva, también sugieren hacer abstracción del trabajo en esta instancia del desarrollo sistemático (Arthur, 2004; Reichelt, 2007; Campbell, 2013), este procedimiento torna el examen de la forma de valor en una pura formalidad que oscurece el argumento central de Marx en este apartado. Lo cual, dicho sea de paso, es correctamente captado por Ingham, si bien con base en una lectura tradicional o “ricardiana” de *El capital*. Pero además, como veremos a continuación, la consideración del trabajo como sustancia del valor no sólo es crucial para comprender la forma de valor sino que es específicamente relevante para reconocer la naturaleza mercantil del dinero. Pasemos directamente a este punto.

⁶ Desde el punto de vista de la evidencia textual, es cierto que en el apartado de la “forma del valor” Marx señala que la primera y la segunda formas del valor “se da[n]” u “ocurre[n] de manera efectiva” “en la práctica” (*K.I.I.*: 80-81). Sin embargo, esta especie de paralelismo entre el desarrollo actual de la determinación y el curso histórico, en primer lugar, dado su carácter marginal, como señala Iñigo Carrera, no puede ser sino “una observación introducida de manera exterior al propio curso del conocimiento dialéctico que se viene desplegando” (Iñigo Carrera, 2007: 252). Pero además, como señala oportunamente Heinrich, hay que notar que “Marx hace esta observación sólo *después* de haber analizado las formas”, de modo que “el análisis de la forma del valor no se fundamenta aquí con un desarrollo histórico” (Heinrich, 2011: 150).

Marx comienza su exposición en *El capital* con la mercancía “tal como se presenta” para, mediante su *análisis dialéctico*,⁷ descubrir que detrás de la manifestación inmediata de su atributo social como valor de cambio (o proporción cuantitativa en que se cambia universalmente un valor de uso por cualquier otro valor de uso distinto), se encuentra su carácter históricamente específico de poseer valor, esto es, de ser portadora de la propiedad de la cambiabilidad general. Acto seguido, Marx procede entonces al examen específico del valor con una profundización analítica del contenido o sustancia del valor. Brevemente, se puede decir que este análisis pasa por el descubrimiento del trabajo abstracto socialmente necesario realizado de manera privada e independiente como la sustancia del valor, esto es, como el contenido que, una vez materializado u objetivado, se representa como el valor de la mercancía. Sin embargo, como señala Iñigo Carrera (Iñigo Carrera, 2007: 239-241), si bien este análisis permite echar luz sobre el contenido oculto de trabajo social detrás del valor, es impotente para dar cuenta de aquella pregunta que surge a continuación y que la economía política “nunca llegó siquiera a plantear”, a saber, “por qué ese contenido adopta dicha forma; [...] por qué, pues, el trabajo se representa en el valor” (*K.I.1*: 98). Llegado a ese punto, el curso de la exposición abandona la forma analítica consistente en descubrir y separar el contenido inmanente en la forma para pasar a desarrollar sintéticamente el contenido en sus formas concretas de realizarse. Más específicamente, este momento sintético o de *reproducción* propiamente dicha de la exposición consiste, pues, en seguir idealmente la realización de la potencialidad inmanente en la mercancía descubierta por el análisis, esto es, el valor. De ahí en más, la mercancía deja de ser aprehendida en su exterioridad como objeto externo “inerte” para pasar a ser reconocida como el sujeto de su propio movimiento. De manera crucial para nuestro argumento, dicha reproducción de la auto-posición del valor como valor de cambio tiene lugar en *unidad indisoluble con el contenido de su determinación*.

⁷ Para una discusión más extensa de la forma específica del análisis dialéctico que lo distingue del análisis científico convencional, así como su “unidad y diferencia” respecto del curso sintético de la investigación, véase Starosta (2008), Iñigo Carrera (2013b) y Caligaris y Starosta (2014).

Así, es sólo desde el punto de vista del contenido cualitativo de la determinación que esta reproducción puede responder la pregunta que el momento analítico era impotente para responder. Esto es, es la expresión del valor la que permite la explicación de por qué la objetivación del carácter abstracto del trabajo realizado de manera privada toma la forma social de valor o, más sencillamente, por qué el trabajo privado es productor de valor. Por ello, la misma pregunta también se puede plantear por la negativa, como también lo hace Marx en otras ocasiones (*CCEP*: 54; *K.I.1*: 115 n.), esto es, por qué el valor tiene que adoptar una forma distinta de su propio contenido o, más sencillamente, por qué nos encontramos con que “20 varas de lienzo” valen “2 libras esterlinas” y no “20 horas de trabajo”. Miradas más detenidamente, tanto la pregunta por las razones de la representación “puramente social” de la materialidad del trabajo abstracto objetivado en la mercancía en la forma de la “objetividad de valor” como aquella por la forma concreta en que se pone de manifiesto dicho atributo de la cambiabilidad general se sintetizan en la cuestión de la necesidad social de la existencia del dinero como forma común de valor de las mercancías.

La reproducción ideal de la forma del valor o valor de cambio consiste, de este modo, en el despliegue del contenido descubierto pero ahora expuesto en “el lenguaje de las mercancías” (*K.I.1*: 64). Sin embargo, el punto de partida de Marx no es directamente la forma dineraria en que la universalidad de las mercancías expresan efectiva y realmente su valor, sino la *abstracción formal* de “la más simple relación de valor [...] que existe entre una mercancía y otra mercancía determinada de especie diferente, sea cual fuere” (*K.I.1*: 59), esto es, la forma simple del valor. En este sentido, por mucho que pueda encontrarse una expresión concreta suya en el “intercambio directo de productos”, esta forma más simple de expresarse el valor, al menos tal como Marx la considera en este punto, es completamente ajena a cualquier realidad histórica pre-capitalista. Es, sencillamente, lo que está encerrado en la expresión “20 varas de lienzo = 2 libras esterlinas”. Asimismo, precisamente por encerrar el contenido más simple de la expresión del valor de la mercancía, veremos que en esta forma está contenida la determinación cualitativa esencial de lo que es el dinero. Como dice Marx parafraseando a Hegel, “dicha forma” no es otra cosa que “el *en sí del dinero*” (*K.I.3*: 986 n.).

En el examen de esta forma Marx señala ante todo, primero, que el valor “adquiere una expresión autónoma” respecto de la mercancía que busca expresar su propio valor (“la mercancía relativa”) al ponerse de manifiesto o reflejarse en el cuerpo material o valor de uso de la otra mercancía (“la mercancía equivalente”), y, segundo, que entre las mercancías vinculadas hay una “sustancia común” en cuanto una se pone en una “relación de igualdad” con la otra. Al ya haber descubierto en el análisis precedente a este apartado el contenido del valor, dicha “sustancia común” se reconoce inmediatamente como el trabajo abstracto, socialmente necesario, realizado de manera privada (*K.I.1*: 61-64). Por lo tanto, el contenido de esta “forma simple” del valor ya deja en evidencia que lo que está en juego en la expresión del valor es la organización de los trabajos privados que constituyen el trabajo social global. Marx remarca el punto en su consideración de las “peculiaridades” que adopta la forma de equivalente en esta forma simple. Estas peculiaridades expresan cómo las “antítesis internas” de la mercancía que el análisis precedente ya había descubierto se expresan ahora, en la relación de cambio, como “antítesis externas”, en particular que la mercancía que hace de equivalente expresa, bajo su propio contrario, el trabajo abstracto socialmente necesario realizado privadamente como la sustancia del valor.

Más específicamente, en tanto el trabajo concreto que produce el equivalente deviene el modo de existencia del trabajo abstracto, y por ende asume la forma de la igualdad con todo otro trabajo humano, la expresión del valor revela que cada trabajo concreto no es más que una especificación cualitativa de la fuerza humana de trabajo en general. Por lo tanto, queda en evidencia que lo que está en juego es la regulación de la diferenciación del gasto productivo de cuerpo humano y que, además, es la mercancía misma la que se afirma como el mediador cosificado que establece la relación entre los distintos trabajos concretos en tanto especificaciones orgánicas del trabajo humano, y de este modo le da unidad a la división del trabajo. Por su parte, el hecho de que el trabajo privado que produce el equivalente devenga el modo de existencia del trabajo directamente social revela que la necesidad de esta forma reificada de mediación de la división del trabajo se desprende de la forma indirecta en que se pone de manifiesto el carácter social inmanente de los trabajos privados. Dicho en otros términos, el contenido de la forma simple del valor ya pone de manifiesto que lo que está en juego mediante la producción de valor es el establecimiento de la unidad del trabajo social. En suma, la forma simple del valor ya muestra la esencia de lo que la “objetividad

de valor” adoptada por el producto del trabajo viene a resolver: la organización del trabajo social global cuando éste se ha realizado en unidades privadas, autónomas y recíprocamente independientes.

Ahora bien, precisamente por ser ésta la razón de ser de la “forma de valor” de la mercancía, esta “forma simple del valor” es “defectuosa” para *mostrar* de modo adecuado la necesidad de la mercancía de afirmar al trabajo privado que la produjo como parte del trabajo social *global*. En efecto, en tanto el análisis de la “dualidad del trabajo representado en las mercancías”, en el apartado 2, ya dejó en evidencia que la mercancía cuyas determinaciones sigue la exposición dialéctica sólo existe en el marco de una sociedad en la que impera una “división social del trabajo” compuesta por un “conjunto de trabajos útiles disímiles” (*K.I.1: 52*), es claro que la relación de cambio en cuestión no es más que un elemento singular de una totalidad social articulada de manera general por intercambios mercantiles. En este sentido, para poder organizar el trabajo social global mediante el intercambio, los trabajos privados que lo componen tienen que estar vinculados *todos* entre sí y no solamente dos trabajos privados, que es lo único que hace explícito en su inmediatez la forma simple del valor. Por consiguiente, para expresar su valor como lo que éste verdaderamente es, o sea, como manifestación del trabajo abstracto socialmente necesario realizado de manera privada en tanto relación social *general*, una mercancía tiene que vincularse con el *cúmulo* de mercancías que componen la riqueza social. Por eso Marx avanza a continuación hacia la “forma desplegada”, la “forma general” y la “forma dinero” del valor como formas en las que el valor encuentra una forma de expresión más acorde a su determinación esencial.

Sin embargo, si se considera con atención este despliegue de las “formas del valor” puede verse que no hay un avance *cualitativo* en la argumentación. Más bien dicho despliegue se limita a *hacer visible de manera explícita lo que ya estaba puesto de manera plena en la forma simple*. Dicho de manera polémica, la secuencia de las formas de valor más desarrolladas no está estructurada siguiendo el auto-movimiento inmanente a cada una de dichas formas, tal como lo presentan algunos autores (Arthur, 2004; Robles Baez, 2005), sino únicamente la necesidad ya presente en la forma simple. Como lo señala Iñigo Carrera, “este despliegue” de las formas del valor “no implica que una forma más simple engendra una más concreta, sino que el despliegue de la necesidad de aquélla nos pone frente a la evidencia de la existencia necesaria de ésta” (Iñigo

Carrera, 2013b: 58-59). En otras palabras, la realización de la determinación *cualitativa* en juego se agota en la forma simple y lo que sigue constituye una expansión *cuantitativa* de dicha determinación, es decir, su *generalización*. Tal es, a nuestro entender, el verdadero significado de la observación con la que Marx antecede su examen de las formas del valor: “El secreto de *toda* forma de valor yace oculto necesariamente bajo esta *forma simple del valor*” (K.I.1: 59). En este sentido, la secuencia de formas “defectuosas” del valor sólo adquiere significado en tanto sucesión de abstracciones puramente formales de un proceso social donde el dinero ya existe en su plenitud como forma autónoma del valor del mundo de las mercancías.

En este punto es interesante notar que el desarrollo de la “forma de valor” que presenta Marx, en cualquiera de sus versiones, no sólo no sigue un “orden histórico” sino que tampoco sigue un “orden lógico” en el sentido en que Fine y Lapavitsas lo presentan. A nuestro entender, el argumento de Marx pasa por otro lado. El punto crucial es que la expresión del valor revela progresivamente el problema que la forma de mercancía adoptada por el producto del trabajo viene a resolver: la organización de la unidad del trabajo social cuando éste es realizado de manera privada e independiente. Y en tanto la forma de realizarse esa mediación social, la mercancía que cumple el papel de equivalente general, monopoliza la forma de la cambiabilidad directa, el dinero queda determinado esencialmente como la forma objetivada del trabajo directamente social en una sociedad basada en la producción privada e independiente. Ahora bien, tal como plantea Marx, dicha *expresión del valor* está contenida en la *relación de valor* entre las mercancías (K.I.2: 56). Puesto en otros términos, la asunción de la forma de equivalente general por cierto valor de uso sólo puede tener lugar porque este último puede entrar en dicha relación de intercambio en primera instancia. Lo cual sólo puede hacerlo en cuanto producto del trabajo privado, vale decir, en tanto portador de valor. Es ésta la razón por la cual el dinero sólo puede actuar como tal en el intercambio sobre la base de ser él mismo una mercancía.

En síntesis, tal es la determinación *actual* del dinero como forma común de valor de las mercancías. Este descubrimiento surge de tomar en la mano la mercancía *capitalista*, analizarla, revelar su contenido y desplegar la necesidad inmanente a la misma que dicho contenido determina. En consecuencia, ante todo, no se trata de un procedimiento que necesite de un análisis histórico,

como reclama Ingham, ni para fundamentarse ni para probarse. Por otra parte, por tratarse de la realidad actual de la mercancía y del dinero, no es posible hacer abstracción del trabajo, pero no porque se necesite del trabajo para resolver un abstracto problema técnico de unidad de medida, como cree ingenuamente Ingham en su lectura “ricardiana” de Marx (Ingham, 2006: 268), sino precisamente porque en *esta sociedad*, a través de la adopción de la “forma de valor”, y en consecuencia de la “forma de dinero”, se está resolviendo la organización *general* de los trabajos privados que componen el trabajo social global. Por lo tanto, finalmente, lo que esta reconstrucción del argumento de Marx muestra es que el intercambio de mercancías es la “relación social general” en la sociedad burguesa, esto es, la relación social más simple, y por tanto fundamental, en que en esta sociedad los individuos organizan, de manera *indirecta*, su propio proceso de vida social. De modo que toda relación social no mercantil, como por ejemplo la relación social *directa* que constituye el Estado, sólo puede surgir como una relación derivada de la anterior. En este sentido, la explicación de Marx también corta de tajo la pretensión de Ingham de fundar al dinero capitalista, y a través suyo el intercambio mercantil correspondiente, en relaciones directas de poder y dominación.

Lapavitsas falla en su respuesta a Ingham porque, asumiendo una concepción lógica-histórica de la génesis del dinero, no sólo se propone en última instancia fundamentar históricamente lo que constituye la realidad actual del dinero sino que, precisamente por querer encontrar una expresión histórica concreta de cada momento sistemático presentado por Marx, acaba por pretender explicar el dinero a través de la acción de los individuos que intercambian mercancías interpretando, por ejemplo, la forma simple del valor como un análisis “lógico” del trueque. En contraposición, el desarrollo de Marx de la forma del valor no sólo prescinde enteramente de la historia sino también de la acción de los cambiantes. Como veremos en seguida, la consideración de esta última llega, en la exposición marxiana, recién en el capítulo II que, como su título lo indica, trata del “proceso de intercambio”. Esta tajante distinción realizada por Marx entre el examen de la “mercancía” y el examen del “intercambio” no es casual, surge precisamente de haber descubierto la mercancía y sus determinaciones objetivas como el contenido mismo de la acción de los individuos, siendo éstos sólo “personificaciones” de las potencias sociales enajenadas en el producto de su trabajo (Starosta, 2015). Si en cambio se presentan a un mismo nivel el desa-

rrollo de la necesidad inmanente de la mercancía y la acción de los cambiantes, lo que se pierde de vista es precisamente el curso mismo de la determinación entre sendos momentos del movimiento de la relación social general actual en su unidad. Este colapso de distintos niveles de abstracción en que cae la lectura de Lapavistas –por cierto, muy recurrente en la literatura especializada– ha sido recientemente criticado de manera muy precisa por algunos autores (Campbell, 1997: 99; 2004: 67-68; Arthur, 2004: 37-38; Heinrich, 2008: 86 y ss; 2011: 153 y 235). Así, por ejemplo, Arthur sostiene:

Marx pospone muy conscientemente [la discusión de las motivaciones de los cambiantes] hasta que ya haya analizado la naturaleza de lo que ellos cambian. Un punto muy importante acerca de la naturaleza del dinero está también aquí involucrado. Para ponerlo por la negativa: no hay rastro alguno de cualquier discusión sobre el trueque en el capítulo I del tomo I de *El capital* (Arthur, 2004: 37).

La distinción precisa entre estos distintos niveles de abstracción que componen la exposición marxiana sobre la mercancía y el dinero no sólo es clave para poder dar una explicación consistente de la naturaleza mercantil de este último sino que, como veremos, también lo es para comprender el papel específico que juega el “análisis histórico” en el argumento de Marx. Por consiguiente, nos detendremos ahora brevemente en la consideración de la estructura argumental de la exposición marxiana que sigue al análisis de la “forma del valor”, en particular de la parte dedicada al examen del proceso de intercambio.

La génesis histórica del dinero

Descubierta la mercancía como la relación social general en el examen de la “forma del valor” y los productores de las mismas como sus personificaciones en el “fetichismo de la mercancía”, la exposición marxiana fluye entonces pasando necesariamente a la consideración de la puesta en movimiento de dicha relación social general. El capítulo II abre así con la observación de que las “mercancías no pueden ir por sí solas al mercado”. Ahora, los productores de mercancías tienen que personificar las relaciones de valor en el proceso de cambio, esto es, tienen que actuar como *poseedores* de mercancías (*K.I.1*: 103). Sin embargo, cuando se mira el desarrollo de la relación social justamente des-

de el punto de vista de su mediación a través de la acción de los poseedores de mercancías, se abre una contradicción insalvable: como personificaciones de sus respectivas mercancías, los cambiantes no pueden equiparar sus productos como valores porque de su propia acción no puede emerger un equivalente general (*K.I.1*: 105). Marx resuelve este aparente problema remitiendo a la observación inmediata de la acción efectiva de los poseedores de mercancías. “En su perplejidad”, figura Marx, “nuestros poseedores de mercancías piensan como Fausto. En el principio era la acción. De ahí que hayan actuado antes de haber pensado. Las leyes de la naturaleza inherente a las mercancías se confirman en el instinto natural de sus poseedores” (*K.I.1*: 105). Y es que justamente en la personificación de su propia relación social enajenada los poseedores “pueden relacionar entre sí sus mercancías en cuanto valores” porque existe *efectivamente* un “equivalente general” (*K.I.1*: 106).

Como lo ha notado correctamente Heinrich, este breve desarrollo con el que Marx abre el capítulo II polemiza implícitamente ante todo con las explicaciones “contractualistas” que fundan el dinero en “la comprensión común de los individuos que intercambian” (Heinrich, 2011: 229). En contraposición, precisamente lo que muestra Marx aquí es que el dinero no puede surgir de la acción voluntaria de los cambiantes. Así, en estos pasajes Marx no está “postulando al dinero como una resolución para los problemas del intercambio directo” como sostienen explícitamente Fine y Lapavistas (2000: 380 n.) e implícitamente Ingham en su identificación del argumento de Marx con el neoclásico. Es estrictamente a la inversa: en estas páginas lo que se presenta es la imposibilidad de tal explicación!

Con todo, el argumento de que el dinero no puede surgir de una convención sino de “leyes de la naturaleza inherente a las mercancías” no puede agotarse, como cree Heinrich, en el hecho de que “el dinero es [...] el resultado de un proceso social *presente*, que se realiza de nuevo una y otra vez (en el que participamos todos con nuestras compras y ventas)” (Heinrich, 2011: 231). Ciertamente, la acción práctica de los poseedores de mercancías reproduce “instintiva” y permanentemente la existencia del dinero. Sin embargo, esta *reproducción* sólo puede llevarse a cabo porque el dinero ya ha sido *producido*. De otro modo se recaería precisamente en la referida contradicción a la que conduce el análisis de la acción de los poseedores de mercancías: la misma no puede engendrar un equivalente general. El verdadero corolario de este desarrollo de Marx es por

consiguiente que lo que ahora necesita explicación es el “acto social” originario que convierte a “una mercancía *determinada*” en dinero. En otras palabras, a esta altura del desarrollo sistemático de la relación social general ya se sabe que las mercancías sólo pueden intercambiarse al relacionarse “*antitéticamente con otra mercancía cualquiera* que haga las veces de *equivalente general*” y que, en su “*acción*”, los poseedores de mercancías sólo pueden “confirmar” “las leyes de la naturaleza inherente a las mercancías” (*K.I.1*: 105-106). En consecuencia, lo que queda pendiente de resolución es cómo “una mercancía *determinada*” se ha convertido en la mercancía en la cual “todas [...] representan sus valores”, en concreto, cómo se ha *producido* originalmente el dinero (*K.I.1*: 106). Pero esto no puede ser explicado por medio de la acción actual de los poseedores de mercancías. En efecto, dicho proceso choca con la forma general misma que tiene la conciencia de estos sujetos: en tanto se trata de individuos libres e iguales, ninguno va a ceder a otro (ni puede arrogarse por sí mismo) la potestad de monopolizar el valor de uso que encarna la forma de la cambiabilidad directa (es decir, la posibilidad de afirmarse de manera inmediata como órgano del trabajo social).⁸

Por este motivo, la exposición de Marx continúa con el examen de la “expansión y profundización *históricas* del intercambio” que explican “la transformación de la *mercancía en dinero*” (*K.I.1*: 106, énfasis agregado). Esto es, en la exposición sistemática de la relación social general Marx abandona el examen del movimiento presente en que dicha relación se desenvuelve para pasar a examinar las determinaciones que la misma encierra dentro de sí en tanto resultado del devenir histórico. En suma, se llega al momento en que, para de-

⁸ En contraposición a Heinrich, Campbell (2004: 67-77) nota perspicazmente la imposibilidad de explicar la “cristalización originaria” del dinero con base en la acción actual de los poseedores de mercancías. Asimismo, justifica la necesidad de introducir el desarrollo histórico de la génesis del dinero precisamente por dicha impotencia del movimiento de la relación social actual para separar a una mercancía determinada como dinero. Sin embargo, no plantea las implicancias *metodológicas generales* que tiene dicha instancia puntual de la exposición marxiana para la problematización del vínculo entre desarrollo sistemático y análisis histórico en el método dialéctico. Por otra parte, tampoco nota la relevancia de dicha introducción del curso histórico de la exposición para mostrar la inversión del orden de determinación que implica respecto de su secuencia “sistemática”.

cirlo en palabras de Marx, “nuestro método pone de manifiesto los puntos en los que tiene que introducirse el análisis histórico” (G. 1: 422). Notablemente, este cambio de frente que adopta la exposición sistemática apenas comenzado el capítulo II ha sido escasa, si no es que nualmente, discutido en la literatura especializada en los aspectos metodológicos de la exposición marxiana. Como vimos, estos autores suelen reducir toda alusión a procesos históricos en el texto de *El capital* a una mera “ilustración” del desarrollo puramente sistemático de las relaciones sociales capitalistas o, en el mejor de los casos, dejan al análisis histórico únicamente el lugar de explicar la “acumulación originaria” que permitiría dar cuenta la “transición de un sistema a otro”. En este sentido, el citado trabajo de Heinrich se destaca por reconocer que en el capítulo II Marx realiza un análisis de “la formación histórica del dinero en condiciones precapitalistas” (Heinrich, 2011: 233) y, particularmente, por discutir la introducción de este análisis desde un punto de vista metodológico. Sin embargo, al considerar que basta con el reconocimiento de la *reproducción* del dinero mediante la acción práctica de los poseedores de mercancías para explicar plenamente la existencia del intercambio mercantil y por tanto del dinero mismo, la razón metodológica de introducir en esta instancia del desarrollo un análisis histórico se reduce en Heinrich al hecho de que “la clave de la comprensión del surgimiento histórico” del dinero sólo puede ser “suministrada” por el desarrollo exhaustivo de las determinaciones sistemáticas de la mercancía y el dinero realizadas con anterioridad (Heinrich, 2011: 233). En consecuencia, la introducción de un análisis histórico en este momento de la exposición marxiana se le aparece como un agregado completamente exterior al desarrollo sistemático. En contraposición, tal como lo hemos mostrado en nuestra sucinta presentación de la estructura argumental de este capítulo, el examen del desarrollo histórico del dinero juega un papel tan central en la explicación marxiana de la realidad actual del dinero como el despliegue de la “forma de valor”. Dicho de manera polémica, así como Marx no hace un desarrollo sistemático de las determinaciones abstractas del dinero que replica el desarrollo histórico del mismo, tal como sostienen Engels y sus herederos, tampoco hace “dialéctica sistemática” por una parte y “dialéctica histórica” por otra, como sostienen los autores de la “New Dialectics”. Lo que hace es desarrollar sistemáticamente la necesidad inmanente de la forma concreta actual que examina hasta que ese

mismo desarrollo lo pone enfrente de la necesidad de dar cuenta de la realidad histórica que dicha forma concreta tiene condensada.

Siendo así, veamos entonces brevemente cuál es, según Marx, el curso general adoptado por dicha génesis histórica. Dado que el desarrollo de las determinaciones del capital aún no ha mostrado cuál es el papel histórico del capitalismo en el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social y, en consecuencia, aún no se ha siquiera presentado la necesidad de explicar el curso histórico adoptado por dichas fuerzas productivas, el análisis de la génesis histórica del dinero se expone en este capítulo haciendo abstracción de las mediaciones concretas a través de las cuales esta génesis se lleva a cabo. Aun así, este análisis alcanza para mostrar que el dinero surge efectivamente como el producto de un “*acto social*” históricamente anterior a la acción de los poseedores de mercancías capitalistas. Como tal, este acto social que *produce* originalmente al dinero tiene que seguir un curso enteramente inverso al que sigue aquel que *reproduce* el dinero en el capitalismo. En efecto, si el dinero no puede surgir originalmente de la acción de individuos libres cuyo único vínculo social *indirecto* es la mercancía, tiene que hacerlo de la acción de individuos sujetos a relaciones de dependencia personal. Aquí se aplica directamente aquello de que “el orden de sucesión” de las determinaciones actuales “es exactamente el inverso” del que corresponde “a su orden de sucesión en el curso del desarrollo histórico” (G.1: 28-29). Pero no es éste el único caso. Al ser el dinero la forma del valor de la mercancía, Marx rastrea su génesis hasta las primeras formas de expresarse el valor de las mercancías en el “intercambio directo de productos”. Allí la mercancía es el producto directo del intercambio en vez de ser éste el producto directo de aquélla. Al mismo tiempo, un objeto se convierte en intercambiable por el puro “acto de voluntad” de su poseedor en vez de ser este acto la personificación de la mercancía en cuanto objeto intercambiable. Finalmente, estos poseedores de mercancía sólo resultan productores independientes en cuanto se enfrentan “implícitamente como propietarios privados” en vez de serlo por la forma de mercancía que tienen sus productos (K.I.1: 107). Por su parte, las primeras formas dinerarias que surgen al convertirse el intercambio en “un proceso social regular” y, en consecuencia, de la necesidad de que la mercancía adopte una “forma de valor independiente de su propio valor de uso”, también se presentan bajo una determinación que es “exactamente la inversa” a la que presenta el dinero en el intercambio mercantil

capitalista. Allí, el dinero aparece efectivamente como una forma de resolver las limitaciones que le impone el trueque a la expansión del proceso de intercambio en vez de como forma necesaria de expresión del trabajo abstracto objetivado en las mercancías; esto es, se presenta ante todo en su función de “medio de circulación” en vez de hacerlo como “medida de valores” (*K.I.1*: 108). En suma, en el análisis histórico que presenta Marx, la esencia de las transformaciones históricas que convierten al dinero en el equivalente general de las mercancías pasa por la inversión de las determinaciones que lo constituyen en la actualidad.

A la luz de esta historia del origen del dinero salta inmediatamente a la vista el error que constituye pretender equiparar el orden de los hechos históricos con el orden de las determinaciones abstractas de un objeto concreto actual. Considerar al desarrollo de la “forma de valor” realizado por Marx como un desarrollo histórico, tal como lo hace Lapavistas, carece de sentido ante todo porque la mercancía que surge en el intercambio directo de productos entre las comunidades no se constituye “con anterioridad al intercambio” y, en consecuencia, carece de una “objetividad puramente social” que necesite expresarse bajo la forma de un equivalente general. Por su parte, los cambiantes de estas mercancías no son individuos libres cuyo único vínculo social es el producto de su propio trabajo privado. Por tanto, el problema formal que presenta la personificación de las relaciones de valor en el proceso de intercambio cuando la mercancía se ha constituido como relación social general no sólo no corresponde al nivel del examen de la forma del valor, sino que no se presenta en absoluto cuando se analiza el origen histórico del dinero. Del mismo modo, carece de sentido pretender explicar la realidad actual del dinero por lo que fue su génesis histórica, como lo procura hacer Ingham. Como acabamos de ver, históricamente las determinaciones actuales del dinero aparecen completamente invertidas. Y esto no sólo vale para el vínculo de determinación entre las relaciones directas y las indirectas y para el orden de aparición de las distintas funciones del dinero sino, como lo ha hecho notar Arthur, vale incluso para la forma misma en que las funciones del dinero se realizan. “De hecho, como el propio Marx sabía”, dice este autor, “históricamente las funciones del dinero fueron frecuentemente representadas por diferentes objetos, habiendo sido institucionalizadas de manera separada”. Y, a la inversa, en el capitalismo la reali-

zación del valor “impone como un requerimiento que esas funciones separadas sean integradas [...] en una sola mercancía dineraria” (Arthur, 1996: 196).

Conclusiones

En este artículo hemos investigado la naturaleza esencial del dinero y sus determinaciones más generales o simples en clave metodológica. Para ello, en primera instancia, hemos abordado la cuestión mediante el examen crítico del debate reciente entre Ingham y Lapavitsas. El primero intenta proveer fundamentos “sociológicos” generales a la teoría (post-keynesiana) del dinero como esencialmente una unidad de cuenta convencional establecida por la autoridad pública en la cual se miden las obligaciones crediticias contraídas que constituyen, según este autor, toda operación mediada por el dinero. Por su parte, la intervención del segundo apunta a defender la perspectiva marxiana que postula el carácter mercantil del dinero y, en consecuencia, a su origen en el proceso de cambio.

Más allá de cualquier otra consideración sustantiva respecto de cada una de estas posiciones sobre la naturaleza y génesis del dinero, la primera conclusión emergente de nuestra lectura crítica de la controversia es de un cariz primordialmente metodológico. A nuestro juicio, la disputa entre estos autores, y en particular el intento fallido de defensa de la perspectiva marxiana llevado a cabo por Lapavitsas, deja al desnudo de forma muy patente las limitaciones del llamado método “lógico-histórico” como forma de desarrollo de la crítica de la economía política. Tal como hemos demostrado en este capítulo, la fundamentación del carácter y origen mercantil del dinero actual y sus determinaciones debe proveerse primordialmente en términos *dialéctico-sistemáticos*.

Sin embargo, hemos mostrado también que ese modo de investigación se torna insuficiente para desplegar las determinaciones más generales del dinero en su plenitud y unidad. Es en este punto donde, más allá de otras similitudes y acuerdos en un sentido más amplio, nuestro enfoque metodológico tomó distancia de muchos de los aportes más recientes al método de la crítica economía política asociados a la llamada “New Dialectics”. En efecto, hemos visto que es precisamente en el despliegue de las determinaciones generales del dinero desde la perspectiva del proceso de cambio (tal como lo expone Marx en el

capítulo II del tomo I de *El capital*), donde emerge una primera instancia (de las pocas que se encuentran en dicha obra) en la que el método dialéctico nos pone delante de la necesidad de dejar momentáneamente de lado el curso puramente *sistemático* de la exposición para pasar al desarrollo de un curso *histórico*. Asimismo, hemos notado también cómo esos pasajes encierran la riqueza de exhibir de manera particularmente expresiva aquel otro aspecto del método dialéctico enfatizado por el propio Marx en sus ocasionales, pero ampliamente citadas, reflexiones metodológicas dispersas en sus escritos, a saber: que la secuencia sistemática de las “categorías económicas” y sus determinaciones invierte el orden en el que se fueron desarrollando en el curso histórico. Huelga decir que esto no involucra un interés meramente exegético sino que, tal como se desprende de nuestra discusión, resulta crucial para la comprensión de esta forma social.

Estos aspectos metodológicos de la exposición marxiana de las determinaciones más generales del dinero han sido usualmente pasados por alto por los autores de la “New Dialectics”. Como es evidente, esto no se deriva simplemente de un descuido por parte de estos comentaristas, sino que, tal como se ha señalado más arriba, refleja una debilidad intrínseca de su concepción del vínculo entre el despliegue sistemático y el análisis histórico. Concretamente, este último es considerado como meramente ilustración de las determinaciones generales descubiertas sistemáticamente o, en el mejor de los casos, como pertinente para la explicación de la transición entre modos de producción, pero en cualquier caso irrelevante para la comprensión de las determinaciones actuales de las formas sociales capitalistas. Sea como fuere, en ambos casos el vínculo existente entre ambos “momentos” de la investigación dialéctica resulta completamente exterior. En contraste, nuestro abordaje ha mostrado que la redirección momentánea al desarrollo histórico de la exposición es una necesidad inmanente del despliegue sistemático mismo. En efecto, en el caso analizado es la imposibilidad de que el propio movimiento actual de la acción social de los poseedores de mercancías determine a una mercancía en particular como dinero lo que genera la necesidad de la introducción del análisis histórico. Ocurre que la existencia del dinero debe estar *presupuesta* en la práctica. Y esto, a su vez, sólo puede haber sido *puesto* por el curso de la evolución histórica de la mercancía y el dinero con anterioridad a la emergencia del modo de producción capitalista. La exposición dialéctica debe necesariamente poner al descubierto

las determinaciones inmanentes del dinero como producto *histórico* porque de otro modo no está completo el descubrimiento de sus determinaciones como producto del movimiento de la relación social actual. En suma, el despliegue sistemático y el análisis histórico no pueden identificarse de manera inmediata, como en la lectura ortodoxa derivada de Engels, pero tampoco deben contraponerse de manera abstracta y exterior como si se tratase de dos métodos distintos, tal como aparece en el caso de la “New Dialectics”. Más bien son dos momentos internos cuya unidad constituye el método dialéctico.

La segunda conclusión que emerge de nuestra discusión es de carácter sustantivo, si bien también veremos que encierra una arista metodológica. Concretamente, hemos visto que, en primer lugar, el dinero debe ser *necesariamente* una mercancía y que, en segundo lugar, se engendra en la relación de cambio entre las mercancías que media la expresión del valor como valor de cambio (y que, en esta forma reificada, media el establecimiento indirecto de la unidad del trabajo social organizado de manera privada). En rigor, ambos puntos están intrínsecamente relacionados en tanto es justamente *por ser una mercancía* (esto es, por poseer el atributo de la cambiabilidad como representación “puramente social” de la materialización del trabajo abstracto socialmente necesario ejecutado de manera privada) que el dinero puede entrar en dicha relación *en una primera instancia* y, en *consecuencia*, actuar como forma general del valor de las demás. De ahí también que la determinación esencial más simple y general del dinero actual no puede reducirse a ser una unidad de cuenta del “valor abstracto”, tal como plantea Ingham, ni tampoco a un simple y formal monopolio del poder de compra carente de contenido, tal como postula Lapavitsas. En contraste, hemos argumentado que la función esencial del dinero capitalista consiste en ser la encarnación material u objetivada del carácter social del trabajo privado, determinación que, como recién señalamos, sólo puede desarrollar por ser él mismo un producto del trabajo privado.

En este sentido, y tal como señala convincentemente Germer (1997: 53), el corolario de esto es que la proposición marxiana de que el dinero es una mercancía no está *fundada* en la observación inmediata de un hecho empírico tal como la prevalencia del llamado “patrón oro” en su época. De este modo, el reemplazo fáctico de la mercancía dineraria en las funciones de medio de circulación y medio de pago por diversas formas de dinero-crédito, así como la existencia de patrones de precios que desde 1971 han dejado de expresar de

manera legal-institucional su vínculo con cantidades de la mercancía dineraria (Germer, 1997: 50-52),⁹ no constituyen pruebas suficientes para rechazar el carácter mercantil del dinero. Y esto no sólo en tanto, como admiten quienes proponen una teoría marxista del dinero como puro dinero-crediticio (Foley, 2005: 47), la “evidencia empírica” dista de ser conclusiva al respecto. La cuestión fundamental es, nuevamente, *metodológica*. Más concretamente, de nuestra discusión se desprende que el fundamento del carácter mercantil del dinero no es *histórico* sino *sistemático* y, por ello mismo, dicha determinación debe estar portada de modo inmanente por el dinero actual cualesquiera sean sus formas más concretas de existencia. Es decir, esta determinación esencial más simple del dinero sigue constituyendo su contenido general por más que en sus formas concretas de realizarse pueda aparecer como *negado* (Escorcía Romo, 2013). Por ello, tanto la “crítica” como la “defensa” de la posición marxiana respecto de la naturaleza mercantil del dinero sólo puede abordarse de manera coherente mediante la reconsideración de las determinaciones más abstractas y generales del dinero actual presentadas por Marx en los primeros capítulos de *El capital*, que es justamente lo que intentamos hacer en este artículo a través de la lectura crítica de la controversia entre Lapavitsas e Ingham, cuya riqueza radica en buena medida precisamente en reconducir la cuestión a los fundamentos más generales del dinero.¹⁰

⁹ Véase De Brunhoff (2005) sobre la emergencia de un “patrón dólar” con la caída del sistema de Bretton Woods.

¹⁰ Esta consecuencia metodológica de considerar a la cuestión de la naturaleza mercantil del dinero exclusivamente en términos *dialéctico-sistemáticos* es llamativamente pasada por alto en varias contribuciones marxistas justamente preocupadas por el fundamento metodológico de la crítica marxiana. El caso de Campbell (1997) es quizás de los más ilustrativos en este sentido. Esta autora está de acuerdo con la explicación ofrecida por Marx en el capítulo primero de *El capital* respecto a la necesidad de que el dinero sea una mercancía, e incluso la defiende agudamente frente a sus críticos (Campbell, 1997: 103 y ss.). Sin embargo, considera esta necesidad como “un supuesto” o “expediente temporario” en el desarrollo sistemático (Campbell, 1997: 91 y 114) que, como tal, debe ser completamente dejado de lado una vez que se consideran las formas concretas del dinero, tal como su “actual disociación respecto del oro” (Campbell, 1997: 89). De allí que Campbell termine concluyendo que el dinero propiamente capitalista es *esencialmente dinero-crédito*. Desde nuestro punto de vista, esta perspectiva no logra captar al menos dos características fundamentales del método dialéctico: en primer

Por supuesto, esto deja abierta la cuestión de la conexión interna entre dicha determinación inmanente del dinero y las formas concretas contemporáneas del “sistema monetario”. Huelga decir que este tema excede el marco del presente capítulo. Sin embargo, un par de consideraciones finales se pueden sugerir al respecto. En primer lugar, dicha unidad entre el contenido general del dinero y sus formas concretas sólo puede ser puesta al descubierto mediante el despliegue *sistemático* de toda la secuencia de mediaciones a través de las cuales se realiza el movimiento del dinero hasta dar cuenta de sus figuras contemporáneas; en segundo lugar, *la aparente* “autonomización absoluta” de las diversas funciones del dinero respecto de la mercancía dineraria tiene sus bases en la crisis de sobreproducción en la que está sumergida la economía mundial desde la década de 1970 y cuya resolución plena se viene posponiendo mediante sucesivas olas de expansión del crédito (Iñigo Carrera, 2013a: 208 y ss.). De ahí también los límites de tal apariencia de abolición del carácter mercantil del dinero los cuales, tal como señalaba Marx en el tomo III de *El capital* (K.III.7: 781-782), es de esperar que emerjan con la erupción manifiesta de la crisis, que es justamente el momento en el cual se restablece de manera violenta la unidad del proceso de reproducción organizado de manera privada e independiente.

lugar, el hecho de que las determinaciones más simples de un objeto son tan materialmente constitutivas del mismo como sus determinaciones más concretas, y, en segundo lugar, que el desarrollo desde las determinaciones más simples a las más complejas se desenvuelve por medio de *negaciones* que, entendidas precisamente en su naturaleza dialéctica, no *suprimen* las determinaciones más simples sino que las *conservan*. Al ignorar dichas dimensiones del despliegue *sistemático-dialéctico*, se termina otorgándole a la determinación inicial del dinero el status altamente problemático de “supuesto” arbitrario. Si bien la perspectiva de Campbell tiene la virtud de rechazar el método histórico-lógico, su idiosincrática interpretación del status del dinero-mercancía en la exposición marxiana la lleva a acercarse peligrosamente al proceder del método tradicional de las “aproximaciones sucesivas”. En efecto, mientras que el primero tiene al menos la ventaja de reconocer la objetividad o realidad de las determinaciones más simples, en la lectura de Campbell las mismas terminan quedando degradadas a ser meros productos de la reflexión subjetiva.

Bibliografía

- Arthur, C. (1996), “Engels as Interpreter of Marx’s Economics”, en C. Arthur, *Engels Today. A Centenary Appreciation*, Londres, Macmillan, pp. 173-209.
- _____ (1997), “Against the Logical-Historical Method: Dialectical Derivation versus Linear Logic”, en F. Moseley y M. Campbell, *New Investigations of Marx’s Method*, Nueva Jersey, Humanities, pp. 9-37.
- _____ (2002), *The New Dialectic and Marx’s Capital*, Leiden, Brill.
- _____ (2004), “Money and the Form of Value”, en R. Bellofiore y N. Taylor, *The Constitution of Capital. Essays on Volume 1 of Marx’s Capital*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- Caligaris, G., y G. Starosta (2014), “Which ‘Rational Kernel’? Which ‘Mystical Shell’? A Contribution to the Debate on the Connection between Hegel’s Logic and Marx’s *Capital*”, en F. Moseley y T. Smith, *Marx’s Capital and Hegel’s Logic. A Reexamination*, Leiden, Brill, pp. 89-112.
- Campbell, M. (1997), “Marx’s Theory of Money: A Defense”, en F. Moseley y M. Campbell, *New Investigations of Marx’s Method*, Nueva Jersey, Humanities, pp. 89-120.
- _____ (2004), “The Objectivity of Value versus the Idea of Habitual Action”, en R. Bellofiore y N. Taylor, *The Constitution of Capital. Essays on Volume 1 of Marx’s Capital*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 63-87.
- _____ (2013), “The Transformation of Money into Capital”, en R. Bellofiore, G. Starosta y P. Thomas, *In Marx’s Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*, Leiden, Brill, pp. 149-175.
- De Brunhof, S. (2005), “Marx’s Contribution to the Search for a Theory of Money”, en F. Moseley, *Marx’s Theory of Money. Modern Appraisals*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 209-221.
- Dodd, N. (2005), “Reinventing Monies in Europe”, en *Economy and Society*, vol. 34, núm. 4, pp. 558-583.
- Ellis, H. S. (1934), *German Monetary Theory, 1905-1933*, Cambridge, Universidad de Harvard.
- Engels, F. (1980), “La Contribución a la crítica de la economía política de Karl Marx”, en CCEP.
- _____ (1988), “Prólogo”, en Marx, *K.III.6*.

- _____ (1997), “Apéndice y notas complementarias al tomo III de *El capital*”, en Marx, *K.III.6*.
- Escorcía Romo, R. (2013), “Fundamentación lógica del dinero y del proceso de financiamiento desde el concepto capital”, tesis doctoral, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Fine, B., y C. Lapavistas (2000), “Markets and Money in Social Theory: What Role for Economics?”, en *Economy and Society*, vol. 29, núm. 3, pp. 357-382.
- Foley, D. (2005), “Marx’s Theory of Money in Historical Perspective”, en F. Moseley, *Marx’s Theory of Money. Modern Appraisals*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 36-49.
- Friedenthal, T. (2012), “El dinero: naturaleza, génesis y funciones. Un estudio de los fundamentos para su conocimiento presentes en *El capital* de Marx”, tesis doctoral, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas-Universidad de Buenos Aires.
- Germer, C. M. (1997), “Credit Money and the Functions of Money in Capitalism”, en *International Journal of Political Economy*, vol. 27, núm. 1, pp. 43-72.
- Grierson, P. (1978), “The Origins of Money”, en *Research In Economic Anthropology*, núm. 1, pp. 1-35.
- Heinrich, M. (2008), *Crítica de la economía política: una introducción a El capital de Marx*, Madrid, Escolar y Mayo.
- _____ (2011), *¿Cómo leer El capital de Marx? Indicaciones de lectura y comentario del comienzo de El capital*, Madrid, Escolar y Mayo.
- Ingham, G. (2001), “Fundamentals of a Theory of Money: Untangling Fine, Lapavistas and Zelizer”, en *Economy and Society*, vol. 30, núm. 3, pp. 304-323.
- _____ (2006), “Further Reflections on the Ontology of Money: Responses to Lapavistas and Dodd”, *Economy and Society*, vol. 35, núm. 2, pp. 259-278.
- Iñigo Carrera, J. (2007), *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El capital*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- _____ (2013a), *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- _____ (2013b), “The Method, from the *Grundrisse* to *Capital*”, en G. Starosta, P. Thomas, G. Starosta y P. Thomas (eds.), *In Marx’s Laboratory: Critical Interpretations of the “Grundrisse”*, Brill, Leiden, pp. 43-70.

- Kincaid, J. (2009), “The New Dialectic”, en J. Bidet y S. Kouvelakis (eds.), *Critical Companion to Contemporary Marxism*, Leiden, Brill, pp. 385-412.
- Lapavistas, C. (2005), “The Social Relations of Money as Universal Equivalent: A Response to Ingham”, en *Economy and Society*, vol. 34, núm. 3, pp. 389-403.
- Marx, Karl (1975), “La mercancía”, Apéndice a *El capital*, t. 1, vol. 3, México, Siglo XXI (1984d) [(1976d) (1867), “The Commodity, Chapter One, Volume One of the First Edition of Capital”, en *Value: Studies by Karl Marx*, traducción de A. Dragstedt, Londres, New Park].
- Murray, P. (2002), “Reply to Geert Reuten”, en *Historical Materialism*, vol. 10, núm. 1, pp. 155-176.
- Reichelt, H. (2007), “Marx’s Critique of Economic Categories. Reflections on the Problem of Validity in the Dialectical Method of Presentation in Capital”, en *Historical Materialism*, vol. 15, núm. 4, pp. 3-52.
- Reuten, G. (2000), “The Interconnection of Systematic Dialectics and Historical Materialism”, en *Historical Materialism*, vol. 7, núm. 1, pp. 137-165.
- Robles Baez, M. (1999), “La influencia del método ‘lógico-histórico’ de Engels en las interpretaciones sobre el objeto de la sección primera del tomo I de *El capital* de Marx: crítica y propuesta”, en *Economía: teoría y práctica*, núm. 11, 99-123.
- (2005), “La dialéctica de la forma del valor o la génesis lógica del dinero”, en M. Robles Baez, *Dialéctica y capital. Elementos para una reconstrucción de la crítica de la economía política*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 171-218.
- Smith, T. (1990), *The Logic of Marx’s Capital. Replies to Hegelian Criticisms*, SUNY, Albany.
- Starosta, G. (2008), “The Commodity-Form and the Dialectical Method: On the Structure of Marx’s Exposition in Chapter 1 of Capital”, en *Science & Society*, pp. 295-318.
- (2015), *Marx’s Capital, Method and Revolutionary Subjectivity*, Leiden, Brill.
- Zelizer, V. (2000), “Fine Tuning the Zelizer View”, en *Economy and Society*, vol. 29, núm. 3, pp. 383-389.